

Revista *Areíto*: herejía de una nación improbable

Román de la Campa

EL NACIONALISMO SE ESCURRE ENTRE LAS FUERZAS QUE LO ACECHAN, TANTEA nuevas líneas de fuga y aviva sentimientos de delirio, obsesión y trauma. Se trata de un impulso que yace en la profundidad del ser, y de un riesgo cuya gravedad podría explicar el fervor fundamentalista de muchos grupos y estados actuales. Pero el declive de ese anclaje civilizatorio llamado nación genera otras respuestas que quizá guarden cierto encanto. Una simple analogía religiosa quizá permita explicarlo. Tómese la postura de un católico común y otro sacrílego en cuanto al pecado y la confesión. El primero se sabe partícipe de una lógica que le permite conjugar las transgresiones de la vida ante la certeza que le otorga la confesión. Asume el futuro consciente de que habrá más pecados y luego absoluciones. El sacrílego, por su parte, invierte los términos: su confesión ya no concibe el porvenir confiadamente, ni responde tanto a la Iglesia como a la tribu (familia, amigos, grupos profesionales). Inseguro en cuanto a la salvación final o la verdad absoluta, intuye que la reflexión autobiográfica, repleta de ficciones e incertidumbres, cuando no de pecados, quizá sea la única forma de sentirse a salvo. La asume como fin. En términos colectivos, es decir, cubanos, hoy se puede observar un síntoma semejante. Piénsese en el placer de rememorar y monumentalizar toda época anterior, o en el estado de duelo permanente que orienta el pasado personal, nacional, o universal. Todo ello sugiere una profunda nostalgia, mucho más guiada por el rastreo afectivo de memorias traumatizadas que por la articulación de un futuro digno de afirmación histórica.

La revista *Areíto* y sus integrantes supone una huella temprana de este ajuste del sentimiento nacionalista cubano, una variante articulada en el seno de ese fenómeno migratorio que devino república alternativa de recuerdos y monumentos, y que antes se entendía simplemente como «el exilio». El grupo *Areíto* venía gestándose unos años antes, pero cuajó a mediados de los 70, justo a finales de la guerra de Vietnam. Mi punto de entrada ocurre en diciembre de 1975. Fue un encuentro fortuito, y quizá por ello necesario (para mi narrar sacrílego, no para la historia): me invitaron a una fiesta en Queens, Nueva York; me llevó Luis López Nieves, escritor puertorriqueño; allí se encontraba Lourdes Casal, autora intelectual y gestora política de *Areíto*. Mujer de gran talento y alta complejidad (amaba a Nueva

York, pero prefirió morir en La Habana), psicóloga social pero aun más poeta, hastiada con la derecha cubana de entonces, pero también suficientemente incómoda con la izquierda. Entre sus libros se encontraba *El Caso Padilla*, tomo que recopila la historia del maltrato sufrido por este autor en la Isla. Nos buscábamos sin saberlo, y sin (yo) entenderlo. Poco después de aquella fiesta, me encontré asistiendo a las reuniones mensuales que convocaba en su apartamento situado al norte de la ciudad, bordeando a Harlem. Eran todo un ritual, iniciado con la solemnidad de una misa política que a menudo motivaba buenas rondas.

El impulso que me condujo a *Areíto* también tenía historia. Un día tropecé con un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Minnesota, un año antes de la fiesta en Queens, más o menos al mismo tiempo que hojeaba *Tres Tristes Tigres* por primera vez. Las diferencias políticas entre la revista y la novela de Cabrera Infante, si bien profundas, se borraban ante la novedad que compartían. Juntas suscitaban una indagación sobre el éxodo cubano que, desde mi perspectiva, había quedado en suspenso hasta ese momento. Ni me imaginaba una revista como tal, y menos un grupo de cubanos con ideas y sentimientos semejantes. Creí encontrar entonces un ámbito que me permitía contemplar dudas inaceptables para la versión oficial del exilio, no sólo en cuanto al pasado nacional, sino también sobre lo acontecido después de «la salida». En las páginas de la revista descubrí relatos parecidos al mío: participantes del éxodo Peter Pan que nos dejó regados por diversas partes de Estados Unidos a comienzos de los 60; hijos e hijas de la clase media alta cubana, inicialmente separados de sus familias y luego reencontrados (en algunos casos demasiado tarde), graduados universitarios que vivimos de cerca, y con simpatía, la rebeldía política norteamericana de aquellos momentos. Los relatos de Cabrera Infante me conducían a esa Cuba profana, pero profunda, de finales de los 50 que comencé a conocer a fondo antes del éxodo, y que no había saboreado tan detenidamente hasta ese momento. Eros y utopía: dos caras del deseo.

Era fácil ser de izquierda entonces, aunque no tanto en Miami, donde el binomio «exiliado izquierdista» sólo permitía ilustrar un *non sequitur*. (Jesús Díaz anhelaba darle un escape a este atolladero, pero luego observaba otro que lo desvelaba más: la idolatría inquebrantable de la izquierda hacia la Revolución Cubana). En cualquier caso, en 1973 Nixon le había dado fin a la aventura norteamericana en Vietnam y el aventurerismo cubano en África se acercaba a su momento clave. Pocos sospechaban entonces que el socialismo real también ya se iba dañando, ni que la derecha pudiera tropezar con un destino triunfal, pero incierto, después de 1989, y, menos aun, que para fin de siglo se desatara un ciclo de fuerzas mesiánicas de todos tipos ante las vicisitudes —siempre radicales— del capitalismo global. Eran otros tiempos, o mejor decir, otras historias. Los que nos encontramos en las páginas de *Areíto* a mediados de los 70, estudiantes de posgrado y profesores universitarios recién egresados, nos reuníamos casi siempre en un espíritu de celebración, ingenuo pero genuino, que ahora podría parecer

sencillamente anacrónico (aunque preferiría decir «no-sincrónico» para respetar las diferencias). Ensayábamos las posiciones (o posturas) liberales y de izquierda de la época, siempre acompañadas por una curiosidad inquieta hacia el futuro de la nación cubana y nuestra precaria posición en esa cartografía de escisión tan radical. Todavía creíamos en la historia; es decir, en el relato que le prometía a Cuba un camino alternativo a la modernidad trunca de la endeble República. Y esa promesa implicaba algún tipo de regreso o reencuentro para nosotros y, por extensión, para la familia cubana, con el suelo natal. Hasta ahí llegaba la fe, el deseo, o si se quiere, la ilusión.

Recuerdo un encuentro celebrado en la Universidad de la Florida en diciembre del 75. Concurrieron diversos grupos e individuos dedicados a estudiar el proceso revolucionario cubano. El tema oficial le daba cierta urgencia al congreso; se trataba de «la institucionalización». Si bien la palabra sonaba latosa y convocaba una mirada más descriptiva que analítica, se repetía con afán en los pasillos, sobre todo entre politólogos más o menos despuntados. También se oían, a veces, otros temas e inquietudes, pero todos compartíamos la fascinación por saber más de la Cuba que dejamos atrás, y el convencimiento de que el exilio no se prestaba para ello. Era una sed profunda, casi una intriga, en parte causada por motivos personales, en parte por estímulos profesionales, un enlace que eventualmente motivó la figura que algunos llaman «dialoguero», pero que podría explicar un fenómeno más complejo. Entre los allí presentes surgía otro tipo de institucionalización, una forma de hablar, y hasta de pensar, que definía al especialista que luego devino «cubanólogo»: un sujeto derivado del registro institucional de la academia norteamericana, una forma de vivir la nación cubana desde la interioridad de nuestros discursos disciplinarios (ciencias sociales y estudios literarios) que nos permitían investigar(nos) de modo profundo y con relativa comodidad. Una de las noches en Gainesville, en medio de una fiesta, alguien lo tradujo todo al plano conceptual del choteo, proclamando en voz alta que configurábamos una especie de *lumpen-literari*. Tres décadas después, muchos de los testigos de esta memoria, y otros más o menos análogos que no asistieron, seguimos trabajando el mismo tema, en algunos casos de la misma forma, pero con más fe, ya no tanto en las instituciones de la Revolución Cubana como en la nuestra; es decir, esa categoría de la producción simbólica en torno a Cuba que nos posibilita el sistema universitario de Estados Unidos.

Morar la cubanidad de tal modo remite a una tensión irredimible, pero productiva, que ha cobrado más auge entre Cuba y la diáspora después de 1989. Responde primeramente al orden epistémico de los objetos de estudio (canon literario o modelos científico-sociales), los cuales necesitan la nación para seguir pensando; es decir, para ratificar el valor de su capital simbólico en la academia norteamericana, y luego, por extensión y posibilidades de viajes, en la cubana. Por otra parte, la ansiedad ontológica del cubanólogo, en este caso de ambos lados, también intuye que la historia cubana

contemporánea desafía todo intento disciplinario de la forma más radical, ya que, después de cuarenta años de escisión demográfica, política y cultural, la nación quizá se haya acercado a una realidad irreconocible o ingobernable, más allá de los presupuestos políticos de la derecha o la izquierda. Ante ello, cualquier deseo de un futuro basado en el pasado republicano idealizado o en la experiencia de las últimas décadas, suscita la imagen de senderos que se juntan en la cartografía de la nostalgia.

Areíto y otros discursos análogos preludiaban modos de confeccionar líneas de fuga ante la nación escindida. Hablo particularmente de la primera etapa de la revista, que es la que conocí y la que motiva esta reflexión. Me refiero a la fase anterior al fenómeno Brigada Antonio Maceo, que eventualmente subsume al proyecto intelectual de la revista, dando paso a un estímulo más político que intelectual. Un buen número de los que integramos la revista comenzamos a distanciarnos del grupo a partir de este momento, aunque divergíamos en el grado de duda o desencanto ante la Revolución que habíamos idealizado. Algunos se distanciaron para siempre, otros se opusieron, otros mantuvieron su adherencia a la Brigada, en algunos casos hasta hoy. Otros, entre los cuales me encuentro, seguimos viajando a Cuba con nuestras dudas, conscientes de que no podemos expresarnos allí sin riesgos considerables. El período que intento relatar va del 75 al 81 y llega a su clímax con una serie de acontecimientos estrechamente relacionados entre 1977 y 1980 que incluyen el libro de testimonios *Contra viento y marea*; el filme *55 Hermanos*, de Jesús Díaz, sobre nuestra visita a Cuba (diciembre, 77- enero, 78); el texto *De la Patria y el Exilio* (también de Jesús Díaz), e implica textos posteriores como *Informe contra mí mismo*, de Eliseo Alberto (1997). Importa notar también que esta constelación de eventos coincide con los viajes en torno al diálogo del 78-79 que finalmente conducen al éxodo del Mariel en el 80. Más allá de ello, es decir, del relato en torno a *Areíto*, se podría argumentar que esta coyuntura, en muchos sentidos, da fin a la constelación de eventos que abarca lo que algunos han llamado «exilio histórico» y etapa «heroica» de la Revolución.

No pretendo dibujar un protagonismo revisionista para la revista a partir de estas asociaciones. No hablo ya de un grupo real, sino imaginado; es decir, de un yo azaroso. A fin de cuentas, no guardo una relación «identitaria» con *Areíto*, ni nunca fui uno de sus ejes, pero tampoco rechazo lo que hizo (con o sin mí), ni creo necesario hacer actos de contrición, o redención, que suelen estar siempre más cerca de la ficción que de la enmienda. Fernando Pessoa decía que sólo hay dos formas de tener la razón: callarse o contradecirse. No estoy completamente de acuerdo, pero me atrae la formulación. En vez de callar, seré breve, y en vez de contradecirme diré que lo que hice tuvo su sentido, o razón, aun si ahora no podría afirmarlo en su totalidad. Fuimos duros con el exilio de los 60 y duros con el lado colonialista de Estados Unidos, y, al mismo tiempo, flojos con la Revolución. Hay de todo en ese balance, pero dígame que éramos injustos, atrevidos,

equivocados, o hasta peligrosos, al igual que jóvenes. No me arrepiento, ni creo que la historia me absolverá. Prefiero mantener cierta distancia ante las dos Cubas, en cuanto a entidades políticas acostumbradas al discurso monolítico, y, al mismo tiempo, cultivar la cercanía a las dos, ahora en términos de comunidades o multitudes que sostienen una cultura nacional que ya no responde a un solo idioma o un solo territorio. Esa disposición contradictoria, de equidistancia y de acercamiento, más allá de la razón, o la corrección —sobre todo política— la aprendí a través de *Areíto*. Creo que me ha servido.



La frutica.
Óleo sobre lienzo, 93,9 x 58,4 cm., 1984.
Colección Dr. Nunzio Mainieri.